Salvador Borrego E.

La Cúpula Gubernamental va Haciendo Trizas a México



México, 2011

Prólogo



No me ha valido negarme dos veces a hacerle prólogo a este libro. Mi renuencia se debe a que un prólogo debe dar idea del contenido del libro, y como el contenido de éste abarca tanto, no me siento capaz de sintetizarlo.

Sólo puedo decir que hay información y puntos de vista muy interesantes para personas de las más diversas disciplinas.

Es de importancia especial para jóvenes, padres y madres de familia, maestros, líderes sindicales, políticos, sacerdotes, ricos y no ricos, militares, periodistas, y en suma, para todo mexicano.

Va también dirigido para los mexicanos fatalistas que dicen que México está perdido y que nada puede hacerse para reconstruirlo.

A la vez, refuerza el poco o mediano optimismo de mexicanos que todavía esperan —para un futuro no lejano— el "cambio" que se creía seguro en el 2000 y que no se dio.

El cambio puede darse. ¡Se dará!

A pesar de la crisis económica y moral, la esperanza abre caminos hacia el futuro.

Lic. Otilia Benítez

CAPÍTULO I

A México lo Están Haciendo Trizas; Urge Reconstruirlo



Dispersión de la Autoridad. Cada Institución va tras sus propios intereses y no hay concentración ni convergencia.

NO HA HABIDO 7 CRISIS; ES UNA, INTERMINABLE

México está siendo hecho trizas. Y no por factores externos ni por desgracias naturales. Territorialmente el México de hoy tiene la misma extensión que el de 1964, cuando iba creciendo 7% anual. La riqueza petrolera de hoy se asemeja a la de entonces, antes de que Cantarell se desbordara. La tierra laborable es la misma, con iguales períodos de lluvia o de sequía. Fundamentalmente el país no ha cambiado.

Sin embargo, México va siendo hecho pedazos. Parece ser la tarea de siete presidentes, desde Echeverría hasta Calderón.

La economía nacional no se restablece aumentando cada año la recaudación de impuestos.

El desempleo sigue creciendo.

Las diversas instituciones trabajan cada una por su cuenta y a veces enfrentadas entre sí.

El pueblo también va siendo más profundamente dividido. La clase alta, porque nada necesita. La media, porque dificultosamente la va pasando. La baja, hambrienta, ni siquiera tiene fuerzas para quejarse.

Como disminuye el trabajo —que es lo único que crea riqueza— va en aumento la pobreza. El trabajo es la fuente para que el país tenga más comestibles y más materias primas.

El nivel moral también va en descenso, afectando cada día más a niños y jóvenes.

La Cúpula Gubernamental dispone cada año de más ingresos —por contribuciones o préstamos extranjeros— que sólo la beneficia a ella.

Los siete partidos políticos de 2009 son una de las fracciones de México. Luchan por el poder y son mantenidos con decenas de miles de millones de pesos que reciben de los contribuyentes.

Cuatro o cinco grandes sindicatos, encabezados por líderes enriquecidos, chantajean al régimen prometiéndole o negándole los votos de sus sindicalizados. Ellos van sólo a lo suyo y hacen demandas exageradas para halagar a sus huestes.

Todas las instituciones inventadas en los últimos quince años únicamente han aumentado la carga de los

contribuyentes y dado una ficción de democracia. IFE y Trife (con sus Ifitos en cada Estado), le cuestan al pueblo más de 25,000 millones de pesos en año de elección presidencial, y 9,000 millones en los otros años.

Quinientos diputados federales viven en la abundancia. Veintenas de ellos representan a los ciudadanos del D.F., y no obstante hay otros "diputados bis" de la Asamblea, que también nos representan. Doscientos de los diputados federales no necesitan votos del pueblo; son "plurinominales".

Un jefe de Gobierno del D.F. —en vez del Regente que había—, trae su nube de altos funcionarios y pueden enfrentarse al presidente de la República.

Entre todo ese invento de nuevas instituciones el presidente se va "adelgazando", cosa que se celebra como "democracia". Un Poder Ejecutivo con menos poder, y menos ejecutivo.

Un país al que van haciendo trizas.

Treinta y dos gobernadores, 1,245 diputados estatales, 2,450 alcaldes, 31,110 regidores; varios cientos de jefes de departamento, de direcciones, de institutos, etc., forman otra parte de México. Ahora hasta se les ha relevado de la responsabilidad de rendir cuentas a la Auditoría Superior de la Federación. Además de las contribuciones que recaudan por su cuenta, los subsidios que reciben de la Federación. Y tienen su mundo aparte.

Cientos y cientos de puestos de más de cien mil y doscientos mil pesos para arriba, en tanto que el creciente número de desempleados acrecientan el ambulantaje, que ya rebasa los 12 millones.

FEDERALISTAS Y CENTRALISTAS

Durante tres décadas, desde la caída de Iturbide en 1823, México sufrió una lucha escindido en dos partes: los federalistas, que demandaban más poder para los Estados, y los centralistas que pretendían centrar el poder en el Ejecutivo Federal, o sea en el presidente de la República y el Congreso.

Esa lucha nos debilitó y nos llevó a perder más de la mitad del territorio, a manos de los yanquis.

Después, a partir de la Constitución de 1857, siguió la lucha intestina entre liberales y conservadores. Los primeros, alentados desde Washington, querían aplastar a la Iglesia, pese a que los católicos eran inmensa mayoría, en tanto que los segundos sentían que la democracia los legitimaba.

Un suceso, allende el río Bravo, benefició a México. Fue la guerra de secesión que se libró entro dos millones de soldados de los Estados norteños de EE.UU. y 800,000 combatientes de los Estados del Sur. Fue una guerra total, hasta entonces desconocida por su crueldad, que prácticamente duró doce años (1860-1872). La reconstrucción tardó mucho, época que dio oportunidad al presidente mexicano Porfirio Díaz para permanecer tres décadas en el poder, que aprovechó para hacer cesar la lucha interna en México; para afianzar la seguridad pública y para dar empleo pleno. Se realizaron obras tan importantes como los 21,000 kilómetros de los Ferrocarriles Nacionales.

En ese período México no estuvo dividido.

La situación volvió a cambiar en 1910, con la llamada Revolución mexicana, que dividió a México entre maderistas, carrancistas, zapatistas, obregonistas, etc., hasta que en 1920 se repartieron el poder Obregón y Calles.

Siguieron diferencias de menor intensidad y en las décadas de los 60s. y los 70s. se llegó a crecer un 7% al año, mediante la política del Desarrollo Estabilizador. Éste consistía en no endeudar al país, dar empleo y proteger el desarrollo agrícola e industrial.

LA ACTUAL ÉPOCA DE DESTRUCCIÓN

Aunque muy lamentables los desórdenes estudiantiles de 1968 —que nada tenían de origen estudiantil—, nadie llegó a sospechar que serían aprovechados para iniciar una etapa destructiva.

Empezó Echeverría (1970-76) y ya se van completando siete sexenios durante los cuales México ha venido siendo hecho trizas.

No hay ahora lucha de ideologías, pero sí de fuertes grupos que luchan cada uno por sus propios intereses.

No puede decirse que hay lucha entre Partidos políticos. Tan pronto unos personajes que militan en el PRI se separan para fundar el PRD, como otros fervorosos panistas se entienden con el PRI o viceversa.

Es casi invisible la línea divisoria entre conservadores y liberales, pero ambos coexisten y cada uno busca su parte del botín, que es México.

Tampoco se evidencia odio entre centralistas y federalistas, como en el siglo antepasado, y sin embargo los dos bandos coexisten sin que les importe el futuro de México.

Puede decirse que todos son divergentes, hasta cierto punto, aunque convergen en ver a México como botín.

Los líderes de los grandes sindicatos están bien servidos con las cuotas de los trabajadores, que usan sin dar cuentas a nadie. Y prácticamente no necesitan de huelgas para chantajear a los políticos con tantos o más cuantos miles de votos, a cambio de subsidios o de prestaciones excesivas a costa de los usuarios de sus servicios.

Cada grupo **destructor** avanza en forma tan "**legal**", tan "**democrática**", que no se identifica como tal. Ninguno tiene necesidad de "reivindicar" como suyo el mal que causa, a diferencia de los "cárteles" que luego dejan recados en los cadáveres de sus víctimas.

Todos son destructores "dentro de la ley". A ninguno se le puede llevar a la PGR ni a la Suprema Corte de Justicia, pues ésta llegó al extremo de lavarse las manos para no tratar el caso de las redes de pederastas.

¿A quién recurrir? A la Cámara de Diputados y al Senado, no, porque son parte del problema. Su altísimo costo va sobre las espaldas de los contribuyentes.

El pueblo en sí, el que sufre el desempleo y el alza de precios, no tiene a quién recurrir. Carece de sindicato y de Partido. No está organizado. Se le dice que vote, y que si no vota no se queje, pero si vota y se queja nadie lo oye. Y si la mayoría (63% a veces) no vota, su grito de protesta no lo escucha nadie.

En muchos mexicanos ya hay conciencia —o por lo menos subconciencia— de que esto ocurre. Y de que esto no puede seguir así. Pero, ¿cuál es el remedio?

Algunos llegan al extremo de invocar a una Revolución, violenta y sangrienta, como son las revoluciones. Pero, precisamente estamos en vísperas de "celebrar" el centenario de la Revolución de 1910, aquella que asesinó

a su promotor, Francisco I. Madero, que costó un millón de muertos (de los 18 millones de habitantes que tenía el país); aquella que sólo dio un respiro y que luego empezó a destruirlo todo. La misma que vendió los Ferrocarriles de México, sin decir qué hizo con el dinero de la venta. La misma que estatizó los Bancos mexicanos para luego venderlos al extranjero. La que acarreó a los campesinos para mítines electoreros. La que luego que ya no le fueron útiles les dijo que se fueran a Estados Unidos, con o sin papeles.

Y en fin, la misma que ahora ya prácticamente ha dejado de elogiarse a sí misma —como lo hizo durante 80 años—, quizá porque durante siete sexenios ha dejado proliferar a los grupos destructores de México.

En suma, otra Revolución no es remedio.

Un presidente dentro de lo común; de esos que hacen encorazonadoras promesas y que realizan lo contrario, no son los indicados para iniciar la reconstrucción de México. Por más que algunos tengan buenas intenciones, y que parezcan bien informados, en realidad desconocen mucho de los más graves problemas.

Tenemos el caso del sexenio actual. Calderón declaró la guerra al narcotráfico sin saber que Estados Unidos no se uniría a dicha guerra. Para saberlo le hubiera bastado leer un libro que trata del tema (Disolución Social), y luego comprobarlo.

Una lucha sensata hubiera sido combatir al narcomenudeo que busca el mercado de 15 millones de estudiantes mexicanos, y dejar que los aduanales y policías estadounidenses —presuntamente no corruptos— dejen o no entrar la droga en su país. Allá el Ejército no toca a los cárteles.

En cuanto al abuso de los líderes de Luz y Fuerza del Centro, sí cabe reconocerle a Calderón que logró marcarles el alto. Cuarenta mil plazas que sobraban fueron canceladas y siguió habiendo luz. Quedan pendientes otros líderes del Seguro Social, de Educación, de la Comisión Federal de Electricidad y de Pemex.

La tarea de reconstruir a México es enorme. Es como un geroglífico donde todas las piezas se hallan fuera de lugar y cada una se empeña en mantenerse así, por intereses propios, egoístas, aunque dañen al todo.

Un presidente común y corriente, de repetirse, no puede realizar esa tarea. Se necesita de un estadista decidido a enfrentarse a todos los grupos para ponerlos en su lugar. Nada menos que un estadista con valor heroico.

LA FUERZA DEL ALMA NACIONAL

Un pueblo —ni menos un pueblo joven como el mexicano— no puede suicidarse. En los últimos años ha venido creyendo que los males que lo aquejan son "propios del tiempo" o de las crisis de Estados Unidos. Ha creído que la Economía es una Ciencia con existencia propia y que si las cosas van mal es porque la Economía se rige por etapas tan inevitables como el acontecer de la primavera y el verano.

Pero algunos estratos de la opinión pública ya empiezan a percibir que si las estaciones del año las acomodó Dios, las etapas de la Economía son obra de manos humanas que las alteran para hacer a unos más ricos y a otros más pobres, o bien, que las manipulan a fin de que la Cúpula Gubernamental siga en el mejor de los mundos, gravitando sobre las espaldas de los contribuyentes.

Tomar conciencia de eso es ir integrando el Alma Nacional. Por el Alma precisamente, ha de empezar la Reconstrucción de México.

Los pueblos tienen Alma, y ésta es lo decisivo. Alguien podrá decir que la vida es material y que el Alma es pensamiento. Pero, ¿no acaso todo empieza a nacer como idea para convertirse en hecho? El automóvil, la locomotora, el avión y todas las realizaciones del hombre han empezado primero como una idea. Y han sido ideas que parecen utopías inalcanzables, pero la persistencia y la fe las han vuelto realidad.

Ahora a muchos les parece que la Reconstrucción de México es imposible porque la corrupción y la impunidad son arrolladoras. Pensar así, en negativo, arraiga esos vicios.

¿Por qué el desempleo aumenta?... Porque no se emprenden grandes obras que el país necesita. Y oficialmente se explica que no hay dinero. Sin embargo, hay muchísimo dinero para mantener a la Cúpula Gubernamental con sueldos, compensaciones, bonos, prestaciones, etc. Y son miles y miles los que viven egoístamente en ese mundo, y su número sigue creciendo.

Que esto se conozca, que un gran número de mexicanos tome conciencia de que esto no es así por mandato divino, sino por abuso humano, y así podrá irse formando una opinión pública, una Alma Nacional que exija el cambio verdadero, no de PRI por PAN o de PAN por PRI, sino de un México despedazado por un **México en Reconstrucción**.

No es utopía que un presidente, acosado por una fuerte opinión pública de empresarios, clase media y desempleados, tome con ello ímpetus para empezar a poner las cosas en su lugar.